

— ¡Vamos! — dijo Eugenia llena de amargura, y se dirigió á la puerta, atando en derredor de su hechicera cara su pañuelo blanco.

La amiga de Eugenia llevaba una hora larga de *dormir* en el carruaje despues de esperar á la jóven, á la que creía en una atrevida cita amorosa.

La dejaron en su casa, llena de impaciencia, de sueño, de confusion.

No podia, como se comprenderá, ser de otra suerte.

## CXXVIII.

La noche es el período de gestacion, cuyo resultado es la aurora.

Las sombras, estos cíclopes, gigantes misteriosos, cada uno con su ojo de lucero, cada uno con su elaborar sombrío, son los sublimes herreros del firmamento, que forjando lo desconocido en las fraguas divinas, hacen saltar la luz del cielo en esas chispas del *amanecer* por las *sacudidas* de los mantos ó de las alas de los ángeles.....

¡Es en vano revolver los polvorosos *códices* sagrados para venir á dar en el capítulo 1º del Génesis: abandonad el lecho con la aurora, y hallareis la belleza primitiva, la creacion reproducida, el *in principio*, el capítulo 1º del sublime Génesis de todos los tiempos!.....

## CXXIX.

Quando Eugenia y Chucha llegaban á su casita de San Cosme, Máximo *paseaba* á Antonio, vacilante, muy cerca de la entrada del *Panteon de los Protestantes*.

Una de las ventanas de la casa de Piedad estaba tambien abierta.

Eugenia penetró sola en su casa, y el carruaje, conduciendo á Chucha, fué á colocarse enfrente y á cierta distancia.

La madrugada empezó á teñirse de «grana y arrebol,» segun la expresion de los poetas.

Eugenia salió á la ventana, y lo primero que llamó su atencion fué el torrente de luz artificial que brotaba de la ventana abierta de la casa de Piedad.

A poco rato percibió una sombra que se acercaba de una manera lenta é incierta.

El grupo de árboles que ocultara en la noche de un baile que nuestros lectores recordarán, á ambos jóvenes, nada pudo en esta madrugada presentar de *sospechoso*, ó al menos de *particular*, á la muchacha.

Máximo hacia diverger los tenues hilos de la suerte de su amigo, creyendo constituirse en un instrumento ciego pero terrible de la fatalidad.

Deshacia, por decirlo así, la crencha de oro de las ilusiones de Antonio.

Habia quedado solo y oculto bajo la enérgica sombra del grupo de árboles que ya conocemos.

Y si hubiera sido posible distinguir la expresion de su fisonomía, se hubiera visto que sus labios temblaban con la sonrisa de un triunfo seguro, pero siniestro.

Era preciso para Máximo que Antonio, que habia sido un escollo en su vida, fuese ahora el instrumento de que aquel se sirviera para coronar sus aspiraciones de todo género.

Hacia algunas horas que le habia condenado á un patíbulo moral, y en esa mañana le tenia *en capilla*, — permítasenos tal concepto.

Era aquel un cuadro lleno de sombras físicas y de sombras morales.

Los luceros iban desmayándose entre las pálidas ráfagas crepusculares, como los ojos de un *desvelado* que «ya se duerme.»

El viento despertó *sollozando* su «buenos días» al árbol, al arroyo, á la flor.

Los gallos aleteaban y cantaban, las vacas mugían, y sobre el cristal de las fuentes empezó el cielo á reproducir fotográficamente su púrpura, sus sombras y sus crespones.....

¡Oh! ¡Siempre el número cinco!

El destino, en esa madrugada, estaba atento, y con un dedo en sus soberanos labios contemplaba el latir de cinco corazones!

Una pobre ramera moría de una enfermedad desconocida para su *clase*, y llevaba con angustia ambas manos al corazón.

Eugenia se sentía envuelta dentro de una nube densa, compacta y negra.

Sus labios se recogían hácia las extremidades con la expresión de una amarga duda.

Piedad exclamaba desde el silloncito que había aproximado á su ventana, en estas únicas palabras que podían llamarse el poema de la audacia para el carácter tímido de la muchacha:

¡*Todos son muy puercos!*

CXXX.

— ¡Señorita!..... — murmuró temblando Antonio al acercarse á la ventana de Eugenia.

— ¡Caballero!..... — respondió la jóven con un acento

que nos abstenemos de explicar, pues que jamas hemos atacado á lo indescriptible.

— Aquí estoy, *señora*..... — dijo él.

— Héme aquí, *señor* — contestó ella.

Antonio creía soñar.

Máximo desde su escondite soñaba creer.

Piedad desde el suyo murmuraba conceptos ininteligibles y se torturaba sin tregua las articulaciones de sus manos de artista.

El demonio mismo de la ironía hubiera aplicado á aquel curioso *cuarteto* la música del de Rigoletto.

— Se me ha traído aquí — murmuró Antonio en voz baja y trémula.

— Y yo acudo á la cita que vd. me ha dado, porque sería ridículo rehusarse á aceptarla cuando se ignora su verdadero objeto.....

— ¡Una cita!..... Eugenia..... yo.....

— ¡Ni aun recordarlo puede vd?..... ¡Un esfuerzo, señor, ó me retiro!..... Es muy fácil recordar las frases breves de su carta..... Pero me hace vd. la poca justicia de venir en ese estado!.....

— ¡Eugenia, perdon!.....

— Es vd. completamente libre para hacer cuanto le plazca; pero debo devolver á vd. *esto*.....

Y la jóven sacó del seno é hizo menudos pedazos la carta.

Antonio sintió que la ebriedad de la pasada borrasca se le disipaba como por ensalmo.

— ¡Eugenia, por Dios! ¡Qué es esto! — gritó.

Yo amo á vd. hasta morir de amor..... la adoro hasta el delirio, me muero por vd., Eugenia, ídolo mio; pero yo no he escrito esta carta ni pedido esta cita!.....

— ¿No ha sido vd., Antonio? — exclamó Eugenia, interesada mas y mas de un modo tan vivo como repentino.

— ¡Lo juro por mi amor!.....

La luz empezaba á brotar y los objetos podian ya percibirse con sus detalles mas minuciosos.

Lo repetimos, habia allí cinco corazones profundamente agitados, y la mañana vino á hacer patente la palidez de cinco semblantes.

— ¡Su amor de vd., Antonio!..... — murmuró tristemente Eugenia. — ¡Ese amor que le conduce á los garitos, que le precipita á la traicion, al cinismo y al embrutecimiento! Ese amor cuyo nombre ha quedado esta noche arrojado entre los escombros de una orgía, profanado por el fango de unos *calaveras* y de unas prostitutas, ¿ese amor es el de que me habla vd. ahora?..... ¿Soy yo su objeto?..... ¡Gracias, Antonio, pero no puedo aceptarlo!.....

Y la jóven quiso retirarse de la ventana y cerrar sus batientes.

— ¡Eugenia, perdon, óigame vd! — gritó Antonio desesperadamente y asiendo con ambas manos la falda del vestido de la muchacha. — ¡Eugenia, por piedad..... un momento!.....

Eugenia no pudo resistir al esfuerzo de su amante, y dejó caer la cabeza entre las manos prorumpiendo en amarguísimos sollozos.

— ¡Jamás! — murmuraba — jamás seré suya, pues que él no lo ha querido.....

— ¿Por qué, señora, si Antonio es digno de ser amado por vd? — murmuró á pocos pasos un acento suave como una flauta.

Eugenia y Antonio se volvieron instantáneamente y quedaron suspensos y desconcertados al ver que Chucha se acercaba.

De entre el grupo de árboles brotó una maldicion.

De la ventana de Piedad salieron estas palabras:

— ¿Qué es esto, Dios mio?

— Antonio, señora, ama á vd. con toda la pureza y buena fé del primer amor.

— ¡Es verdad, Eugenia; pronuncie vd. una palabra, revoque su fatal resolucio, y sea mi esposa! Al fin he podido hallar el número de oro en la lotería de la vida..... Eugenia..... Tengo ya corazon y energía, ternura y honores, y tesoros..... y..... Eugenia, ¿quiere vd. amarme, quiere vd. ser mia, mi esposa, mi Dios?.....

— ¡No! — exclamó Eugenia insistiendo en retirarse.

— ¡Oh! Pero yo amo á vd.....

Y Antonio sintió que el semblante se le inundaba en lágrimas.

— Señora — continuó Chucha — mis momentos son contados. Antonio es víctima de un infame, pero lo merece todo.

Es pobre, muy pobre, nada posee por mas que crea poseer los tesoros que dice. El autor de todos sus males está ahí....

¡Máximo! gritó Chucha con voz ronca.

Máximo salió de entre los árboles, mudo, desencajado, terrible.....

Chucha enhiesta, pálida, formidable, tomó de un brazo á su antiguo amante y le acercó á la ventana.

— ¡Oidme, por Dios, no me interrumpais! — gritó como loca.

— ¡Habla! — dijeron todos.

— Hoy arreglamos cuentas, caballero, continuó, colocando una de sus manecitas, cubiertas con guantes blancos y sucios, sobre el hombro de Máximo. Vd. es un traidor. Vd. ha obligado á su amigo á aceptar la traicion. Vd. le ha disputado siempre el objeto de sus amores..... — ¡Antonio! hoy empe-

zarás á ser perseguido por el Gobierno imperialista, pues que tu amigo Máximo te ha denunciado como conspirador.

¡Ocúltate, Antonio, acaso te espera el patíbulo!

¡Antonio! Nada posees. Máximo te ha robado esta noche cuanto el destino habia puesto en tus manos. Máximo estaba en quiebra, y tu dinero ganado en el juego lo salva.

Chucha, al decir esto, extrajo del seno un papel *timbrado*. Era un *recibo* que puso en manos de Antonio.

—¡Antonio, hermano mio, mi hijo, mi padre!— continuó aquella mujer desgraciada.—Hoy se te persigue en nombre de un Emperador, pues que tu amigo ha dicho que conspiras. Mañana el Gobierno liberal te buscará para fusilarte, pues que en estos momentos se te denuncia como traidor á tu patria y «servidor del Imperio.....»

Antonio, ¡cuidado! ¡mucho cuidado para el porvenir!

¡Señora!—añadió la joven y desgraciada víctima de Máximo, dirigiéndose á Eugenia.—Amad vos, que podeis, á este joven. No tiene dinero, ni honores, ni *cabeza*, pero tiene *co-razon*.....

—¡Señor!—continuó, dirigiéndose á Antonio—yo os he amado mucho, mucho!..... quisiera yo que fuérais mi hermano ó mi hijo.....

Oyeme, Antonio, ¿no te enojas conmigo porque te quiero?..... ¡Si vieras cuánto, cuánto, Antonio mio!..... Pero no te enojés..... no seas malo..... ¡ay!..... si tú supieras....

¡Cuán amarga ha sido mi vida!..... voy á morirme..... desprecia á este verdugo de Máximo..... se acabó Chucha, señores..... ¡Yo no merezco esto porque le quiero tanto!..... Oye, Antonio..... ya me voy á morir..... ¿Será de amor, amor mio?.....

Señor D. Máximo, mil gracias.... Con permiso, señores.... mira, Antonio, esto sí..... lo merezco.....

Y la desgraciada, tomando entre sus manos la cabeza de Antonio, le aplicó en la frente un dilatado beso, un beso que bien podremos comparar á aquel beso de que habla el Dante, cuando pone en boca de Francesca estas palabras:

*La bocca mi bacio tutto tremante.*

¡Adios, mi amor! gritó en seguida, volando al carruaje y gritando al introducirse en él, esta única palabra:

«¡Volando!.....»

Y el vehículo se perdió de vista instantáneamente.....

## CXXXI.

—¡Antonio!—dijo Eugenia al corto rato, apretando convulsivamente las manos del joven. Esa mujer lleva veneno en la sangre y va á morir. Yo tengo el veneno en el alma..... ¿Es cierto, Antonio, su amor?.....

Nuestro joven cubrió de besos y de lágrimas la mano de su amada, é imprimió allí el sello de su amor eterno.

## CXXXII.

Máximo, cubierto de temblor y palidez, se arrastró hasta el pié de la ventana de enfrente, gritando:

—¡Piedad! ¡Piedad!.....

Pero aquella ventana se cerró bruscamente, y por dentro se oyó una voz que decía:

—¡Antes muerta..... jamas..... jamas!.....

## CXXXIII.

En estos momentos los relojes de las torres vecinas daban las seis de la mañana.....

## CXXXIV.

Cuando tendemos la vista hácia el mundo y la alzamos hácia el cielo, involuntariamente casi nuestros labios profieren estas palabras: «Rosas, harapos.»

De ellas está lleno el mundo, la sociedad, la vida moral y material.....

## CXXXV.

Hácia la hora del crepúsculo vespertino del día inmediato al en que pasaron los últimos acontecimientos que llevamos referidos á nuestros lectores, un hombre á caballo, medio envuelto en sombras y llevando á la grupa una pequeña maleta, bajaba al paso lento de su cabalgadura el puente llamado de *Chimalixtaca*, á la entrada del pueblo de San Angel.

A poco rato se detuvo en la puerta de la casa que habitaba Eugenia, cuando Antonio la vió por primera vez.

Una india vieja, de fisonomía *inteligente*, estaba en el zaguán, de pié y con los brazos *en jarras*.

—¿Ya vino Eugenia?— preguntó Antonio.

—No señor..... mandó este papelito.

El jóven le abrió, y decia así:

«Estoy *mala* y no podré ir á despedirme. Te siguen mi ternura y mi bendicion. Vé, adorado Antonio, á cumplir y

á ser digno de nuestra patria y de mi corazón. Si eres un mártir, te seguiré á la eternidad; si un héroe, te esperará tierna, amorosa é invariable, tu

EUGENIA.»

— Quienes han entrado son D. Máximo y esa *señora* que siempre anda con él: *solos, solitos* están allá adentro..... les negué la llave; pero tanto se enojó el señor y tanto me dijo ella, que los dejé entrar por fin..... ¡Quiera Dios que no se enoje la niña si lo sabe!.....

—¿En dónde están, Isabel, en dónde están?— preguntó Antonio lleno de ansiedad.

—En el jardín, sin duda..... Pues ¿en dónde quiere vd.?....

Antonio, sin oír mas, se precipitó por las callejuelas del jardín que ya casi estaba en tinieblas.

Al dar vuelta para dirigirse hácia el centro, la cabeza de Antonio tropezó con un objeto pesado, que pendia suspenso de un álamo y al cual imprimió una violenta oscilacion.....

Poseido de un indescriptible terror alzó la cara, y vió á un hombre ahorcado que aun oscilaba.....

Al pié del árbol yacía una mujer arrojada en el suelo.

Aquellos eran dos cadáveres.

A la luz instantánea de un cerillo, Antonio pudo ver á Máximo ahorcado, á Chucha yerta: sobre el pecho de la jóven habia un papel prendido con un alfiler.

Antonio se precipitó del caballo y convulsivamente lo arancó gritando:

—¡Miserables, bárbaros, qué han hecho!

Decia el papel:

«Olvídame, Antonio, ya ves que te pago!» — M\*\*\*

Y mas abajo:

«No podía vivir amándote sin esperanza..... ¡Perdóname, Antonio, y no me olvides!» — *Chucha.*

## CXXXVI.

Antonio soltó una carcajada espantosa.

— «¡Oh mundo, oh vida, oh sociedad, oh todo!..... Maldición, maldición mil veces..... Hé aquí la felicidad..... hé aquí la gloria..... hé aquí el placer..... Queda en paz, pobre y deshojada rosa de la vida..... queda en paz, miserable harapo de la humanidad!!!.....»

Y al decir estas palabras, Antonio montó de nuevo á caballo, y presa del terror, de la fascinación, vertiginoso, loco, huyó de allí, raudo, pálido, desencajado, y pocos momentos despues, perdido ya entre las nieblas, solo se escuchaba á lo lejos el confuso galopar del caballo y el siniestro rumor de la tempestad que se levantaba detrás de las vecinas montañas.

FIN.

33053

N  
R 173r

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

NO. ADQ.  
33053

NO. CLAS.  
N  
R173r

AUTOR 1834-1892

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

33053

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

N  
R173r

Ramírez, José María, 1834-1892  
Rosa y un harapo.

